

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO II

Núm. 64

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 7 DE FEBRERO DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAYA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales

PUEBLOS QUE ESTORBAN

Con motivo del gravísimo conflicto marítimo, está en caliente actividad la diplomacia, es ciencia moral y política que tiene por finalidad el provecho del fuerte, ocuta por el arte del disimulo; cosas ambas que no se conforman mucho, que sepamos, con los principios de la moral universal.

Pero las cosas son como son y no como debieran ser; así que holgarían aquí consideraciones de filosofía fuera para ir contra la corriente arrasadora de los hechos.

El sentimentalismo en política no sólo no existe, sino que no debe existir; y cuantos quieran aplicar á las cuestiones de Gobierno, lo mismo internacional que particular, principios nacidos en los más puros y dulces sentimientos del alma, son unos cándidos incapaces de realizar nada grande en el camino material del progreso y desarrollo de la humanidad.

Será todo lo triste que se quiera, pero la naturaleza nos ha dado el ejemplo en sus múltiples manifestaciones, y nada superior puede realizarse sin conmociones, catástrofes y aniquilamientos en que perecen los pequeños organismos para beneficio de los grandes, tanto en el orden físico como en el moral.

Hay así pueblos que estorban al ideal de la civilización, como hay hierbas que perjudican á la germinación y crecimiento de las plantas útiles, por lo que precisa escardar la tierra arrancando las malas semillas que contrarrestan los abonos naturales ó artificiales que producen las cosechas de los frutos necesarios al hombre.

Podrá ser más ó menos conveniente la estación del año para ejercer tal función agrícola, pero ella es precisa so pena de que el campo de trigo se vea invadido sin remedio por la cizana destructora.

No hay, pues, que hacerse ilusiones cultivando frases aparatosas. El tan cacareado *statu quo* preconizado en Marruecos no es otra cosa que la tregua ó espera de la estación propicia para escardar un pueblo que estorba hace tiempo á la moderna civilización.

Triste será borrar del mapa aquellos descendientes de la vieja Arabia que trajeron al Occidente de Europa el fuego oriental de un alma templada en el valor, el arte y el culto de una religión toda pasión y fanatismo; pero los siglos no pasan en vano, y ese pueblo ya envilecido por sus cruzamientos bárbaros y su estancamiento constante, como el de laguna pestilente, es un obstáculo á la higiene universal, y pese á todos los poéticos sentimentalismos, está llamado á desaparecer en próximo plazo.

No veamos, por tanto, en el actual conflicto de Marruecos otra cosa que el cumplimiento de uno de los decretos providenciales de la historia.

Cuantos esfuerzos se hagan ahora por contener el desmoronamiento son estériles puntales que el interés particular apronta para sacar mejor partido de aquello que inevitablemente se derrumba.

Si por conveniencias de todos se logra localizar el fuego, no será más que para prepararse mejor al botín que seguirá á la catástrofe.

Ahora bien. ¿Qué papel toca á España en presencia de este acontecimiento, no por previsto menos lamentable?

Si en esta nación hubiera concepto, y condiciones de política internacional, menos difícil sería la respuesta. Pero aquí se carece de todo, y como siempre, el incendio

nos coge sin plan, bombas, ni siquiera conocimiento del lugar del siniestro.

Y como el asunto es grave y espinoso, limitaremos por hoy estas consideraciones á una serie de preguntas que mentalmente se harán en los actuales momentos casi todos los españoles.

¿Necesita mayor expansión territorial una nación que tiene treinta y seis habitantes por kilómetro cuadrado y abandonadas y yermas las tres quintas partes de su privilegiado suelo?...

¿Son las primeras materias que en Marruecos se producen, ó pueden producirse, tan distintas de las que España lograría obtener con un cultivo inteligente, toda vez que la constitución física del suelo marroquí no se diferencia en nada de nuestras campiñas andaluzas, murcianas y todo el país levantino?...

¿Hay en Marruecos una población natural, de importante densidad, á la que pueda llevarse para el consumo nuestros artículos fabricados, hallando en los moros, decaídos y enemigos del progreso, consumidores que nos compensen la pérdida de los antillanos y filipinos?...

¿Somos los españoles tan inteligentes colonizadores que podamos aspirar á fundar en Marruecos lo que no supimos hacer en otros países de dominación en el Asia y la América?...

¿Nuestra potencia económica como Estado constituido nos permite comprometer los millones arrancados á los contribuyentes, teniendo indotados los importantes ramos de la instrucción, la agricultura ó industria del país, que nos convierten en una excepción vergonzosa en Europa?...

¿Habrá que sacrificarlo todo al cumplimiento del apollillado testamento de Isabel la Católica?...

¿No puede España existir como existen Suiza ó Bélgica, encerrados ambos países en su vitalidad propia y respetados de propios y extraños?...

Seguramente habrán planteado cada uno de los españoles que piensan, alguno de los puntos expuestos. Miremos por tanto con prudente reserva el avispero que se presenta abierto en el corazón del carcomido hogar marroquí, y no metamos la mano en el mismo ofuscado por sentimentalismos tradicionales de raza, que harto nos ha enseñado la experiencia á lo que conducen los arrebatos de leyendas nefastas que han contribuido á nuestro decaimiento presente.

Precisamente nuestra misión en el mundo es todo lo contrario de lo que pretenden algunos, esgrimiendo tópicos gastados sobre nuestros destinos nacionales.

Procuremos antes no formar, por el abandono de lo que poseemos, en el catálogo de los pueblos que estorban, para que no nos llegue á la vez el terno de nuestra desgracia y seamos barridos del mapa del mundo, por ser un obstáculo á la marcha vertiginosa de la civilización moderna.

A la puerta del cortijo

La pandilla de gitanos pequeñuelos, casi ahogada por el polvo del camino, cuando vió que desde lejos la llamaban, se detuvo ante la puerta del cortijo.

Se acercaron medio muertos de fatiga, con temores en sus rostros morenillos, ocultando los manojos de las flores que robaron en la huerta del vecino.

De sus ojos parlanchines de muchachos se escapaban resplandores fugitivos, implorando con sus caras tan humildes,

tan humildes... el perdón de su delito. Al oír que los pedías unas flores, se llenaron de alegría y regocijo, y á tus pies cayó una lluvia inesperada de violetas y de lirios,

y el granuja más granuja de entre todos, de entre todos los granujas de su siglo, inclinándose la gorra hacia la cara, y con aire vanidoso de hombrecillo, le miró de arriba abajo y sonriendo, fué y te dijo:

«¡Madre mía de un arma! ¡Dios der cielo! ¡Ea mi vía he visto un cuerpo tan bonito!»

La pandilla de gitanos fué alejándose casi ahogada por el polvo del camino.

En tu falda recogiste aquellas flores, aromadas del olor de tus suspiros, y debajo de la parrá verdegrana repetías dulcemente el estribillo:
«Pero, ¿has visto qué demonio de muchacho? Pero, ¿has visto? Pero, ¿has visto?»

...Te he perdido, te he perdido para siempre.

¡Para siempre te he perdido!

Aquel cuerpo de andaluza triunfadora, tan gentil y tan airado y tan bonito, ya sé yo que es de otro hombre y que nunca será mío.

Pero el alma... pero el alma que era mía, sé que es mía. Que la prendo y la cautivo y la enlazo con cadenas de recuerdos, y con glorias del ayer la martirizo

...y son mios tus afares y tus sueños también mios, y en la sombra de mi vida aventurera yo también repito siempre el estribillo:

«Pero, ¿has visto, corazón, qué desdichada? Pero, ¿has visto? Pero, ¿has visto?»

CRISTÓBAL DE CASTRO.

CUENTOS ESCOGIDOS

Tres narices para una mujer.

En el tribunal correccional.

El ujier (llamando).—Crochard, contra Bourouche.

Del fondo de la sala avanza un hombrecillo barbudo, muy moreno, vestido con un traje pardo y un gorro de terciopelo negro, que por la circunstancia de estar delante de la justicia, tiene respetuosamente en la mano.

El hombre barbudo se aproxima á la barandilla.

Saluda al presidente, saludá á los jueces, al escribano, al auditorio y levanta la mano derecha.

—Yo juro...

El presidente (interrumpiéndole).—¿Os llamáis Crochard?

El hombre barbudo.—Sí, mi presidente... César Augusto Crochard, nacido en París... Yo juro...

El presidente.—¿Vuestra profesión?

Crochard.—Artista fotógrafo... por el presente, establecido plaza de Clíchig, á causa de la feria. Lo juro...

El presidente.—Bajad la mano, no tenéis nada que jurar.

Crochard, bajando la mano lentamente.—Bien, mi presidente.

El presidente.—Vos tenéis quejas de la mujer Bourouche.

Crochard.—Sí, mi presidente (levantando la mano con viveza), y yo juro...

El presidente.—Bajad la mano (al ujier). ¿Bá á aquí la mujer Bourouche? (Una voz ronca saliendo del fondo de la sala.)

—Aquí estoy, mi tribunal

Es una mujer de unos treinta años, con la cabeza descubierta, vestida de negro, con un chal rojo y verde, largo, como un día sin pan y bastante feo para molestar al auditorio. Llega á la barandilla y hace una reverencia.

El presidente.—Aproximáos... más... más todavía... Sentáos en ese banco... ¿Sois la mujer Bourouche?

La Bourouche.—Sí; yo misma, Estrella Blanca Patois, mujer de Nicolás Bourouche.

Una voz del fondo del auditorio.—¡Eso es verdad!

El ujier.—¡Silencio!

El presidente (á Crochard).—Exponed vuestro pleito.

Crochard.—Voy á exponerle y no será largo. Veréis, mi presidente, si es vergonzoso para una mujer, ponerse en semejantes situaciones.

Presidente.—Abreviad.

Crochard.—Voy á ser breve: esto sucedió el sábado último, á las once de la mañana; precisamente cuando yo acababa de decir á mi esposa: «Si no viene un cliente antes de mediodía, almorzaremos con los restos de ayer».

Presidente.—Pasemos esos detalles, y vamos al asunto.

Crochard.—Si estoy ya de lleno en el asunto, señor presidente! La prueba que mi esposa acababa de responderme que no quedaba nada de la víspera. En este momento se oyen risas y gritos en la plaza.

Salgo en seguida para ver de dónde proviene, porque es preciso decirlo que mi establecimiento está ahora en la plaza de Clíchig, á causa de la feria, y... El presidente.—Ya lo habéis dicho, Crochard.

—Esperad, señor presidente; hé aquí mi autorización; veréis que está en regla y que he pagado el derecho de... El presidente (interrumpiéndole).—Bien... oísteis risas y gritos. ¿Qué era eso?

Crochard.—¡Ah! Burno, era la señora que está aquí... iba vestida con traje de novia.

La Bourouche.—Como que tenía derecho para ello; acababa de desposarme en la alcaldía de Montmartre.

Una voz en el fondo.—Eso es verdad.

El presidente.—¿Quién ha hablado? Un hombre, gordo y colorado, se adelantaba de entre el público.

—Soy yo; su hombre.

El presidente.—¿Sois Bourouche?

La Bourouche.—Nicolás Bourouche, para servir á la justicia.

El presidente.—¿Presenciásteis lo que pasó?

La Bourouche.—Señor magistrado, yo nada he visto; pero...

El presidente.—Entonces sentáos (á Crochard); terminad vuestra declaración.

Crochard.—Pues la señora con su traje de boda se pavoneaba sola y detrás de todos los pilletes del barrio que